



Nierika

E-ISSN: 2007-9648

revista.art@ibero.mx

Universidad Iberoamericana, Ciudad de

México

México

de Arechavala Torrescano, María del Carmen  
Los usos de la moda en las primeras décadas del México independiente a través de los  
testimonios escritos de propios y extraños  
Nierika, núm. 11, enero, 2017, pp. 54-71  
Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=722077918007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



# Los usos de la moda en las primeras décadas del México independiente a través de los testimonios escritos de propios y extraños

María del Carmen de Arechavala Torrescano

Doctora en Historia

Instituto Fundación Botticelli de Arte y Restauración

mcatorrescano@gmail.com

## Resumen

El artículo introduce al lector a la historia de la moda en el México independiente decimonónico, y trata los usos de la ropa a partir de la moda Imperio y los cambios experimentados hacia la moda Romántica, periodo que abarcó cuatro décadas. Toma como fuentes las obras contemporáneas de ilustres escritores mexicanos y extranjeros que visitaron nuestro país; periódicos, revistas y figurines, así como un extenso trabajo de campo con la colección del Museo Nacional de Historia.

Palabras clave: moda Imperio, moda Romántica, Guillermo Prieto, William Bullock, Joel R. Poinsett, Henry G. Ward

## Abstract

This article introduces the reader to Fashion History in the times of independent Mexico during the 19th Century, studying the types of clothes that were worn during the Empire Fashion and the changes experienced towards the adoption to the Romantic Fashion along four decades. The sources for this article were the writings of outstanding Mexican and foreigners visiting our country; journals, magazines and fashion plates, and an extensive field work at the National Museum of History

Keywords: Empire fashion, Romantic fashion, Guillermo Prieto, William Bullock, Joel R. Poinsett, Henry G. Ward

---

Recepción: 15 de febrero de 2016

Aceptación: 09 de abril de 2016

Este artículo se desprende en gran parte de mi tesis para obtener el grado de doctor en historia: *Moda y consumo en las altas clase sociales de la Ciudad de México, 1840-1870*,<sup>1</sup> en la cual se tratan básicamente dos temas: cómo se adoptó la moda en la capital y la relación que tenía el consumo de prendas y accesorios en boga con los impuestos arancelarios, las importaciones y las existencias en cajones de tela y ropa, amén del gasto en atuendos y su comparación con precios de comidas en restaurantes.<sup>2</sup>

En el caso de este pequeño artículo, la metodología va de la mano con aquélla de la tesis, ya que dada la falta de textos contemporáneos acerca de moda decimonónica se tiene que echar mano de la literatura de la época –desde finales de siglo XVIII hasta finales del siglo XIX, para poder tener tanto antecedentes como consecuencias–, autoría de todos aquellos que fueron testigos del momento histórico, tanto mexicanos como extranjeros, y en especial se seleccionó a aquellos que hayan tenido presencia en las décadas de 1840 hasta 1870. Asimismo, se consultaron publicaciones como periódicos, revistas y figurines para poder hacerse de información de primera mano en cuanto a existencias de artículos en cajones de telas y ropa; su origen, precios y materiales, así como la influencia que tuvieron los figurines en la usanza de formas de vestir, tanto de damas como de varones capitalinos; además de conocer si las hechuras o insumos eran nacionales o extranjeros.

Para las décadas en cuestión, uno de los autores seleccionados fue Guillermo Prieto, que con sus *Memorias* relató eventos desde el año de 1836 y quien, bajo el nombre de pluma de “Fidel”, narró los usos de la ropa con gran ingenio y vivacidad en revistas familiares; su obra es de gran valor ya que, por vivir en una vecindad, conoció de manera directa a personas de la clase trabajadora y de pocos recursos, convivió con chinas y gente del pueblo, y sus letras son enriquecedoras para el tema de telas, ropas, usos y costumbres. El siguiente, Manuel Payno, con sus novelas *El pistol del Diablo* y *Los bandidos de Río Frío*,<sup>3</sup> cuyo contenido abarca los gobiernos de Santa Anna, y de cuya mano resultó la redacción de uno de los aranceles de la década de 1850. En tercer lugar, Francisco Zarco, el aguzado “Fortún”, quien por su parte llenó de color las páginas de *La Ilustración Mexicana* al utilizar términos de moda tanto para describir figurines como para hacer crítica política. Ambos autores provenían de familias acomodadas, lo cual le permitió el conocimiento de las ropas elegantes y los acontecimientos sociales y políticos relevantes.

Entre los extranjeros cuyos escritos aportaron mayor información están Joel R. Poinsett, William Bullock, Henry George Ward, R. H. Mason y Madame Calderón de la Barca, –ingleses y norteamericanos–, cuyas agudas observaciones sociales, económicas, políticas, antropológicas y costumbristas han convertido sus textos en documentos básicos para toda investigación que tenga que ver con el siglo diecinueve en México. Periódicos como *El Siglo Diez y Nueve* y el *Diario de Avisos*, y revistas como el *Museo Mexicano*, la antes mencionada *Ilustración Mexicana* y muchas otras como *La Camelia*, complementaron el repertorio de textos consultados. Toda la información obtenida fue constatada y contrastada con un extenso trabajo de campo en el Museo Nacional de Historia y en colecciones particulares.

Para la parte económica, el análisis arancelario proporcionó una fuente invaluable de datos, pues además de que determinaba los efectos exentos de pago y aquellos prohibidos, al tratar de “proteger” la industria nacional, en sus nomenclaturas se enlistaban todos aquellos artículos que podían ingresarse al país con sus respectivos impuestos de importación. Se indicaban, de igual manera, el tipo de moneda y las medidas utilizadas; en la mayoría de los casos eran pesos de ocho reales en cuanto a moneda y pesos con centavos y, en lo relativo a medidas: pulgadas, varas, yardas y cuentas de hilo por pulgada cuadrada; para los pesos, se usaban libras. Todos éstos se unieron para dar el resultado idóneo: la historia, la

<sup>1</sup> María del Carmen de Arechavala Torrescano, *Moda y consumo en las altas clase sociales de la Ciudad de México, 1840-1870*, tesis para obtener el grado en doctor en historia, Posgrado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México, agosto de 2014.

<sup>2</sup> La resultante arrojo 14 niveles en cuanto a adquisiciones de atuendos masculinos dependiendo de su calidad y precio, y 4 que corresponden a lo femenino.

<sup>3</sup> Aunque fue publicada esta novela en las últimas décadas del siglo diecinueve, el argumento trata historias que sucedieron durante el gobierno del General Santa Anna. En sus líneas campea desde un eminente Escandón hasta la cantante de ópera Marietta Albini.

historia económica, la historia bibliográfica, la historia del gusto y la vida cotidiana y la historia del arte.

Los objetivos fueron básicamente:

- a) En cuanto a moda, demostrar el uso de figurines para elaborar ropa y estar de acuerdo a lo que demandaba la moda del momento, incluyendo que el uso del pantalón largo no tuvo razones políticas ni literarias como en Europa; que a pesar de la incertidumbre política, la economía de las clases pujantes les permitió estar siempre a la orden del día casi al mismo tiempo que allende al Atlántico, y finalmente, que las grandes dictadoras de tendencias en el vestir fueron Inglaterra y Francia, considerándose desde estas décadas a París como la Meca de la cultura y el refinamiento.
- b) En cuanto a economía: primero, que los altos intereses arancelarios unidos a los locales fueron en buena parte provocadores de un continuo contrabando y de adquisiciones no legales de ropa, accesorios e insumos para la confección. Con ello la industria local –en específico la del algodón– se tuvo que enfrentar, por una parte, a competencias desleales por las novedosas importaciones, y por la otra, al hecho de que casi todas las materias relacionadas con el buen vestir venían de países europeos y del vecino del norte. En adición a esto, que a pesar de los altibajos políticos y sociales los cajones, mediante las compras de todo lo relativo a la moda, tuvieron un creciente desarrollo hasta convertirse en los grandes almacenes del último cuarto del siglo diecinueve.
- c) En cuanto a la relación de los dos rubros anteriores, que el gasto efectuado por las familias para destacar económicamente en sociedad era elevadísimo, mismo que, al ser comparado con los precios de la comida resultó en diferencias sociales abismales. Al tomar en cuenta las mismas prendas los niveles de adquisición fueron de catorce –para trabajadores de todo tipo de oficios, ejecutivos, burgueses y aristócratas–, y cuatro para las mujeres –desde las coquetas pollas hasta las mujeres del pueblo–.
- d) En el tema costumbrista, la obtención del retrato de una sociedad burguesa y aristocrática durante estas cuatro décadas en la Capital, con sus gastos, gustos y costos.

En este artículo se tratará, más que nada, el tema de las modas Imperio y Romántica, en relación con las formas y telas; y en el caso de los varones, las diferencias entre clases sociales al tomar en cuenta su vínculo con los textos de la época.<sup>4</sup>

Así pues, comenzaré comentando que una vez liberada la mujer de la opresión y los excesos de la moda absolutista del miriñaque, las pelucas, los pantalones cortos y los zapatos con las suelas pintadas de rojo, se forjaron nuevas formas que originaron lo que constituiría la moda Imperio, con vestidos de talle alto, chales larguísimos y peinados inspirados en la antigüedad grecorromana.<sup>5</sup> Las telas usadas en su confección fueron vaporosas, predominaron las muselinas<sup>6</sup> de colores claros con pequeñas mangas y, en algunos casos, con caudas. Los vestidos “talle Imperio”<sup>7</sup> alcanzaron su clímax por el año 1800 y rechazaron el uso de

<sup>4</sup>Para la moda Imperio no he encontrado apropiadas referencias que aporten, de manera exacta, las diferencias en uso entre clases sociales o de qué manera se manifestaban. Por ello, escribo únicamente de lo que tengo certeza, que es acerca de la moda masculina, gracias a una de las grandes plumas mexicanas: Guillermo Prieto. Para la década de los 50, sin embargo, contamos con *Los mexicanos pintados por sí mismos*, que es una verdadera joya para ilustrar la historia de la moda de la década.

<sup>5</sup>El cambio a la moda Imperio tuvo raíces filosóficas, literarias y políticas, pues el Neoclásico abreva de las fuentes grecorromanas, y el hartazgo de las personas reacias a continuar con un régimen absolutista orilla a diferenciarse de la clase gobernante hasta en las formas de vestir; las “Maravillosas” ostentaron la moda Imperio, incluso cortes de cabello “a la Guillotine”, que copiaban el rapado que se les hacía a los condenados a muerte en la base del cuello y dejaban largos los cabellos de la corona y el frente.

<sup>6</sup>Muselina: tela que toma su nombre de la forma en que se teje; puede elaborarse en algodón o lana. El tejido es abierto y vaporoso ya que, al contacto con el aire, los drapeados siguen la dirección del viento.

<sup>7</sup>Por “talle Imperio” se conoce un vestido cuya línea de pretina –divisoria entre las partes superior e inferior del vestido–, queda bajo las axilas.

ropa interior; para fines de la primera década del siglo XIX se llegó a los extremos de angostar tanto las faldas de los vestidos que casi no se podía caminar. A pesar de esta revolución en el vestir, el corsé recuperó sus fueros poco tiempo después, pero los miriñaques siguieron quedando en los baúles.<sup>8</sup> Los vestidos cambiaban el modelo de manera constante y en nuestra patria las muselinas causaron furor y dejaron a más de un padre de familia boquiabierto, ante las demandas de esposas e hijas para estar a la moda.

Todos los modelos eran vestidos lánguidos con el talle alto que alcanzaba las axilas, con pequeñas manguitas que mostraban el brazo, y el escote era controlado en su amplitud por un par de jaretas ocultas que cerraban la prenda por la parte de atrás. Se consideraban los algodones para el uso cotidiano y las sedas para ocasiones especiales, se adornaban los túnicos<sup>9</sup> básicamente con aplicaciones, (tela de la misma hechura y otras en colores contrastantes), seguían patrones de la antigüedad clásica –como las hojas de acanto–, o formas geométricas, en donde el triángulo gozó de gran predilección. Grandes chales de cachemira traídos desde la India, vía el comercio con la Nao de China, o chales de Paisley de hechura inglesa, que medían hasta 9 yardas de largo por 5 de ancho, eran usados como prendas de cobertura, acorde a la usanza europea del momento. Para salir tocaban la cabeza con bonetes<sup>10</sup> y sombreros de paja de Italia, adornados con telas y listones de color, y dentro de casa se usaban gorros de telas ligeras.

Cuando los vestidos fueron de telas de algodón estampado las elecciones fueron las indianas (cuyo nombre se debe al país en el cual se originaron: la India) o los percales,<sup>11</sup> cuyos motivos eran estampados por bloque<sup>12</sup> en un principio para, poco tiempo después, estamparse por rodillos, lo cual aceleró la producción. Un gran porcentaje y una enorme variedad de estos géneros fueron de procedencia inglesa, de la misma manera que las sedas y algunos encajes fueron de origen Francés. El Museo Nacional de Historia conserva un par de vestidos que son muestra del estampado por bloques; uno en colores azul y violeta y otro en negro y café, ambos dejan algunas líneas y puntos del color natural. Para adornarlos se utilizaron, en el primer caso, flores circulares hechas con tela de gasa de seda color hueso, formando un pequeño borde ondeado, cuyos centros se hicieron con botones de madera forrados con la misma tela de la prenda y, en el segundo, hojas de acanto cortadas de una tela de algodón que se concibieron como adorno.

Pero ¿cómo se adoptó esta moda femenina en nuestro país? Recordemos los testimonios que William Bullock escribiera después de haber visitado nuestro país.<sup>13</sup> El viajero embarcó en costas inglesas el año de 1822 atraído hacia esta parte del mundo debido a intereses comerciales, y de forma hábil incorporó a su equipaje un volumen con los figurines de Ackermann,<sup>14</sup> que con seguridad atraería a las mexicanas.

Thomas Gage afirmaba ya desde el siglo XVII que “en México había cuatro cosas bellas [...] las mujeres, los vestidos, los caballos y las calles”,<sup>15</sup> y fue bajo el influjo de ese México virreinal que la sociedad decimonónica independiente volvió a adquirir carruajes tirados

<sup>8</sup> Herbert Norris y Oswald Curtis, *Nineteenth-Century Costume and Fashion*, Dover Publications Inc., Mineola, Nueva York, 1998, p. 26.

<sup>9</sup> La palabra “túnico” puede considerarse sinónimo de vestido. Aunque fue muy usada a principios del siglo diecinueve, continuó su empleo hasta bien avanzada la centuria.

<sup>10</sup> Los bonetes son un tipo de sombreros que cubren el cráneo y que en el frente tienen un ala que va desde la coronilla, perimetralmente, por el frente hacia el lado contrario, se ensanchan al frente y se adornan con plumas, flores artificiales o naturales y listones.

<sup>11</sup> Las telas conocidas como “indiana” y los “percales” son tejidos simples parecidos a la manta, más finos en grosor, que se tejen en color crudo para ser estampados con posterioridad.

<sup>12</sup> Los algodones ingleses para diferenciarse de los de otras nacionalidades colocaron hilos azules en ambos orillos de las telas.

<sup>13</sup> William Bullock F. L. S., Proprietor of the Late London Museum, *Six months' Residence and Travel in México; Containing Remarks on the Present State of New Spain, its Natural Productions, State of Society, Manufactures, Trades, Agriculture and Antiquities, &c, with Plates and Maps*, Londres: John Murray, Albemarle Street, 1824.

<sup>14</sup> Rudolph Ackermann fue un empresario inglés dedicado al ramo editorial y cuyos figurines fueron de gran influencia para las damas inglesas y europeas. Los modelos, estilizados en su trazo y de rostros atractivamente grecorromanos, mostraron diversos tipos de ropa además de los consabidos vestidos de talle alto: sacos cortos, chales, calzado, parosoles, ropa de protección, etcétera, para ser usados según la etiqueta que demandaba en varias ocasiones hasta 9 cambios de ropa al día, sobre todo para las casas nobles. Sus figurines se concentraban en el *Repository of Arts, Literature, Commerce, Manufactures, Fashions and Politics*, que circuló desde 1809 hasta 1829.

<sup>15</sup> Gage escribía que desde tiempos del virreinato hombres y mujeres mostraban excesos en el vestir, al abusar en el uso de sedas, piedras preciosas y perlas, donde radicaba “su vana ostentación”, pues se podían ver sombreros con bandas y rosas hechas con diamantes, y aún un sencillo comerciante se daba el lujo de adornarlo con perlas. William Bullock confirma el dicho de Gage, pues con motivo de su visita a una casa de empeño situada en el monasterio franciscano le muestran toda clase de objetos como “artículos de decoración femenina”, diamantes, perlas, rubíes y esmeraldas de la mejor calidad, “cuya presencia impresiona al observador de inmediato, sobre la vasta opulencia del pasado y de la presente condición reducida del país”. William Bullock, *op. cit.*, pp. 159-160.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 215. Estos elegantes se conocían en Inglaterra como *fashionables*, palabra que quiere decir: "que van a la moda".

<sup>17</sup> Véase: María del Carmen de Arechavala Torrescano, *op. cit.*, p. 49. Se conoce por "ridículas" las bolsas utilizadas por las damas durante toda la moda Imperio. Las bolsas eran pequeñas, tanto que no pasaban de los 15 centímetros de alto, y emulaban ánforas y otros tipos de cerámica griega. Las formas eran tan absurdas que se calificaron de "ridículas", por lo que se hizo extensivo el mote a las bolsas y fueron conocidas como tales. En mi tesis doctoral se muestra un soberbio ejemplo tejido de agujas que imita un ánfora con todo y vertedera, agarradera y base.

<sup>18</sup> William Bullock, *op. cit.*, p. 230. Manchester y Glasgow fueron los lugares de donde salían los algodones con los cuáles Inglaterra inundó nuestro mercado nacional.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 54.

por caballos frisonos y a derrochar en la adquisición de vestidos y joyas. Estos tres elementos: carruajes, vestidos y joyas fueron utilizados para demostrar la situación económica y para competir socialmente, pues los carruajes que se exhibían en los paseos de la ciudad llevaban preciosas cargas ricamente vestidas, con lo que se sumaban grandes cantidades de dinero. Los vestidos se lucían en especial en funciones de teatro y ópera, las joyas a toda hora del día, e inclusive al retratarse las damas mostraban a su lado cofrecillos con joyas que eran parte de las que se colocaban para posar ante el pintor.

Gage comentaba desde entonces sobre el uso de ropajes negros femeninos para acudir a la misa tempranera, mismos que cambiaban a colores vivos para ir a misa en otros horarios y durante festividades religiosas y civiles, y observaba que los vestidos no eran confeccionados con materiales tan lujosos como los que se portaban en Inglaterra.<sup>16</sup> Bullock, en cambio, comentaba que se colocaban estas prendas casi sin ropa interior, a excepción de las medias, y aderezaban el atuendo con zapatillas, ridículos<sup>17</sup> y parasoles. Para esta época en Europa las medias de algodón tenían gran demanda, al igual que las francesas de seda bordadas con relojes, por lo que el ilustre viajero no dudaba que, en corto plazo, estos artículos fueran vistos en México, junto con

Bienes manufacturados ingleses y modas inglesas [y que] sería buena especulación para nuestros mercaderes el enviar algunos especímenes hermosos y bien vestidos de nuestras mujeres como patrones: nuestras muselinas y objetos estampados serían de gran demanda, de tal forma que Manchester y Glasgow doblarían sus exportaciones en pocos meses. Algunos números de las modas de Ackermann muy probablemente asistirían produciendo el mismo efecto.<sup>18</sup>

Para él fue notoria una fuerte influencia inglesa en la moda en México durante la época de la moda Imperio, que rivalizaban con la parisina según refiere por el hecho de interactuar con varias jóvenes en Xalapa, que eran personas simples y sin pretensiones ni cultura, que creían que los vestidos de muselina eran fabricados en Inglaterra por orden española y afirmaba que carecían de conocimientos sobre la moda del momento. Todas ellas, al ver los figurines de Ackermann, se sintieron atraídas de inmediato por las novedades aquí estampadas, pues ninguna portaba el talle Imperio.<sup>19</sup> Casi para concluir su viaje, en el año de 1823, al regresar después de un año a esta ciudad se reencontró con las mismas chicas, que le sorprendieron de manera grata al verlas con un guardarropa actualizado "a la última moda inglesa", portando trajes confeccionados con muselina, algodón estampado y "otras manufacturas de Glasgow y Manchester"; las bellas damitas le comentaron que su cambio había tenido lugar gracias a los figurines que les había enseñado meses atrás y a la visita de una inglesa que importaba piezas de ropa de Albión, y a quien todas copiaron la figura. Se mostraron, sin embargo, renuentes a la adopción del sombrero. Bullock, en respuesta a esta reacción adversa afirmaba que:

Alguno de nuestros espléndidos sombrereros, con un inventario tolerable, podría comprar una propiedad, e introducir manufacturas inglesas donde al presente son poco conocidas y con posibilidad de consumo; la revolución en vestido y moda probablemente sea tan grande como en política, y espero que cambie más frecuentemente.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 484. Veracruz, y el país en general, ofrecían un panorama financiero prometedor a los ingleses, pues varias casas comerciales se habían abierto y funcionaban ya en el puerto, a la par del contrabando que llegaba al mismo castillo de Ulúa. Las memorias de William Bullock serían publicadas al siguiente año en 1824. Posteriormente, en su natal Inglaterra, mostraría en una exhibición ejemplos de esculturas en cera y talla en madera que había adquirido durante su visita a las tierras del Anáhuac, con los tipos más populares de nuestro país, en sus originales formas de vestir; H. G. Ward, al admirar estas pequeñas obras de arte en sus correrías por estos lares, recordaría aquellas que observó en Londres.

Los tocados, despreciados por las damas, parecían haber sido favorecidos al aplicarse a la estatuaria religiosa, pues en sus correrías nuestro autor se había topado con una escultura de la Virgen a la que le habían colocado un “sombrero francés a la moda” sin reparo alguno. Estos adminículos para la testa fueron adoptados en definitiva años después, a la llegada de Maximiliano y Carlota, cuya figura las mujeres trataron de imitar, incluyendo los sombreros, aunque los usaran de manera incorrecta.

Por su parte, Henry George Ward, viajero que dejó nuestro suelo por segunda vez en el año de 1827, reconoció que para esta fecha se habían dado cambios en cuanto a la moda vigente en 1824 –cuando visitó nuestro suelo por primera vez–; precisó que persistía en algunos casos el uso de colores no adecuados (es decir, de tonos vivos y colores que todos los escritores mexicanos describieron como “chillantes”), vestidos decididamente anticuados y una definitiva falta de atención a la apariencia personal dentro de casa. En tan sólo unos meses las consecuencias de su curiosidad por las novedades de la moda estuvieron a la vista y fueron de buen augurio para que las nuevas propuestas en el vestir llegaran a la provincia mexicana. Nuestro autor afirmaba que no todas las ciudades poseían los niveles que adquiriría la elegancia capitalina, pues se hacía poco uso de corsés y guantes. Henry G. Ward y sus compañeros coincidieron en afirmar que las novedades de la moda partían de la capital e irradiaban hacia provincia tocando primero a los estados o lugares donde las actividades económicas, como la minería, daban excelentes ganancias a los dueños, por ejemplo San Luis Potosí, y con posterioridad en ciudades más pequeñas.

En este sentido, la experiencia de William Bullock en la capital, al asistir a un recinto teatral, fue ilustrativa; aunque describió al recinto como un lugar adecuado construido con grandes palcos, opinaba que las asistentes no llegaban vestidas de manera adecuada, como era costumbre en los recintos de los países europeos, al carecer de ornamentos a la moda como plumas o chales: “No estaban vestidas para la ocasión como en el Viejo Continente. La excepción una sola tal vez, tratándose de una joven dama de distinción que portaba un tocado de plumas negras en la cabeza”, mientras otras tres o cuatro portaban “chales de cantón” de buena clase, dignos de ser apreciados.<sup>21</sup>

La moda era ignorada por momentos, pues los extranjeros se dedicaban a observar a todos los asistentes de la función quienes se olvidaban de la etiqueta dedicándose a lo que era su pasatiempo favorito: fumar, con gran sensualidad. Nuestro viajero, al igual que sus pares, quedó absorto, ya que el hábito era ejercido aun por las damas adineradas instaladas en los palcos y en ocasiones era tanto el humo que no se lograba, bien a bien, observar lo que ocurría en el escenario ni a los que estaban en el lado opuesto del teatro. Fue dentro de este mismo escenario, otro evento capturó las miradas y la atención de viajeros y viajeras en este amado terruño: el uso del abanico. Las mujeres llevaban en una mano el cigarro y en la otra, el arma mortal del coqueto abanico.

El “espectador” piensa que las mujeres deben dominar el gracioso uso del abanico para hacerlo una máquina capaz de encantar los corazones de los hombres. Si esto es posible, ¿cómo poder soportar a una belleza mexicana doblemente armada? Cuantos héroes que han afrontado sin miedo el fuego en Trafalgar o Waterloo, cuantos hombres que se han enfrentado a la artillería en la cuadrilla en Almack, podrían escapar de la bella que, fumando [...] se envuelve en el fragante incienso del “Habana Real”.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 171. Bullock opina que las flores artificiales eran usadas de forma abundante, contrario a las plumas.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 172.

El manejo de éstos y la afición por fumar seguirían siendo motivo de curiosidad para todos los viajeros. El movimiento, el abrir y cerrar del aditamento, la forma de empuñarlo, de



<sup>23</sup> Algunos autores, como Poinsett, dan el calificativo de “dólares” al peso, pero en su texto no especifica si eran pesos oro o pesos plata. Hubo otros viajeros que de igual manera les llamaron “dólares”. Todos se referían a los pesos de ocho reales.

<sup>24</sup> Joel R. Poinsett, Member of Congress, *Notes on Mexico made in the Autumn of 1822, accompanied by an Historical Sketch of the Revolution, and Translations of Official Reports on the Present State of the Country*, London. John Miller, 5, New Bridge Street, 1825, p. 109.

<sup>25</sup> La obra de este viajero reúne las experiencias de dos visitas: la primera, al arribar en diciembre de 1823 y prolongar su estancia hasta la primavera de 1824; regresó a nuestro país en marzo de 1825, con su esposa (quien dibujó las escenas litografiadas), dos pequeños hijos y sus perros, quienes lo acompañaron en todo su trayecto por dos años, y abandonó el territorio nacional en abril de 1827. Aunque su interés se centró en la minería, hizo aportaciones en materia del traje del caballero mexicano, con lo que complementó las observaciones de Bullock. En cuanto a las damas, dedica más tiempo a explicar la etiqueta que las modas, que quedarían a la imaginación del lector.

colocarlo frente a la cara o el cuerpo, fueron códigos de comunicación empleados para alentar, detener o rechazar los avances de pretendientes y enamorados. Fue inclusive una acción admirada y podría decirse hasta envidiada en la época del Imperio de Maximiliano por las mujeres que acompañaban a Carlota. Por estos años la renta por un palco era hasta de 500 dólares<sup>23</sup> anuales, y se apartaban los mejores lugares mensual y anualmente; se equiparó a la suma pagada en los tiempos en que Joel R. Poinsett visitó nuestra Ciudad (1822),<sup>24</sup> por lo cual no era por falta de dinero el que las mujeres no acudieran vestidas de forma adecuada. Cabe reconocer que cuando la moda fue de aceptación y uso generalizado se adoptó con éxito hasta en los más pequeños detalles.

Henry George Ward,<sup>25</sup> quien viajó por nuestro país a principios de la década de 1820, explicó las formas de vestir centrando su atención más en la etiqueta que en la moda, y describió en particular a las mujeres capitalinas que gustaban de aparecer en público por los paseos instaladas dentro de sus carruajes perfectamente barnizados, con pinturas extraordinarias en la parte baja de las puertas –sitio correspondiente a las armas nobiliarias europeas–, ataviadas con atuendos formales para noche, fumando y observando o esperando “la aproximación de algunos de los numerosos caballeros”<sup>26</sup> que caminaban o montaban y que hacían cabriolas con sus caballos para llamar la atención de las jóvenes mujeres. El evento vespertino se convertía en todo un espectáculo digno de observarse, pues la rivalidad social se hacía patente tanto por el tipo de carruaje como por la calidad de los vestidos.

Habría que aclarar que no obstante el sentido de competencia de los paseos, algunas damas sólo se adornaban de la cintura para arriba y se cubrían la falda con chales o mantas, lo cual podía resultar en eventos chuscos. Tal fue el caso de una mujer cuyo carruaje se averió al romperse el eje de una rueda; para repararlo se requería que se dejase libre la carroza y la mujer, obstinadamente, no permitió que la sacaran, pues no deseaba que se dieran cuenta de las pobres trazas que la cubrían de la cintura para abajo.

Al igual que otros extranjeros en nuestro país, Henry George Ward advirtió que la mujer mexicana no gustaba de caminar, ya que efectuaba sus compras desde los carruajes, donde salían a atenderlas los empleados de los cajones. La verdad es que algunas, aunque tuvieran un pie grande, usaban –por estar dentro de los cánones de belleza vigentes que proclamaban pies y manos pequeñas–, calzado en tallas menores, con lo cual caminaban dando círculos con la cadera; evidentemente lo hacían por comodidad, razón por la cual era más fácil solicitar a los dueños de los cajones que los empleados llevaran la materia de consumo hasta los carruajes. Este servicio inclusive era publicitado en los anuncios de periódicos. En este caso, he de comentar que en ninguna colección que haya revisado me he topado con calzado mayor a 23 centímetros, incluso he encontrado especímenes, sobre todo botas, que están abocardadas por haber recibido pies más grandes –largos o gordos–, con las suelas casi en perfecto estado.

Ahora bien, si aquellos medios de transporte y los vestidos eran una forma para sobresalir en los paseos ciudadanos, el clímax de la rivalidad tenía lugar durante las fiestas de Pentecostés que se llevaban a cabo en San Agustín de las Cuevas, en Tlalpan, evento para el que rentaban casas con meses de anticipación para ocuparlas sólo tres días y se invertían miles de pesos en la confección de un guardarropa completo para toda la familia.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> H. G. Ward, Esq., “His Majesty’s Chargé d’Affaires in That Country during the Years 1825, 1826 and Part of 1827”, *Mexico in 1827, In Two Volumes*, London: Henry Colburn, New Burlington Street. 1828, p. II-227. Ward aclara que esto sucedió durante su visita en 1823.

<sup>27</sup> Las rentas pagadas por unos cuantos días eran muy altas si se toma en cuenta que, para la época, una casa en la capital podía rentarse por 500 pesos mensuales.

El objetivo de esta feria era meramente de diversión, y a ella concurría toda criatura en México que pudiera ahorrar, pedir o prestar un dólar para la ocasión. Las casas en San Agustín, como ya se ha dicho, habían sido tomadas con meses de anticipación, pagando frecuentemente entre 300 y 500 pesos por tres días. "Entre las damas, es la etiqueta cambiarse de vestido cuatro o cinco veces diariamente: una para la caminata tempranera antes del desayuno, de nuevo a las 10 de la mañana para el palenque de gallos; una tercera vez para la cena; la cuarta para El Calvario en donde se forma un círculo para los bailes; y una quinta para el baile público que comienza a las ocho y termina a las doce."<sup>28</sup>

<sup>28</sup> H. G. Ward, *op. cit.*, p. II-299.

El baile se llevaba a cabo en el palenque que se había alfombrado e iluminado con candelabros y que estaba al aire libre, donde según relata Madame Calderón de la Barca caían tantas joyas que al día siguiente del baile los léperos y otros personajes de las clases sociales bajas literalmente cosechaban para ir a vender o empeñar y obtener buenas ganancias. Debe puntualizarse que no se repetían los atuendos, por lo cual el total de vestidos nuevos requeridos por cada dama podía ser de entre 12 y 15, a los que debían sumarse accesorios de toda clase. El gasto era considerable.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> Para estas décadas no hay referencias de precios para comidas, pero suponiendo que no hubiera habido cambios en los precios, puede tomarse el costo de una comida de cinco tiempos en 1840, que costaba 2 ½ reales. Si se toma en cuenta que un peso fuerte equivalía a 8 reales, con los 500 pesos pagados sólo en la renta por tres días de una casa se podrían haber comprado 390 comidas.

La moda no tardó en anidar en la cotidianeidad capitalina, y se convirtió en campo fértil para aquellos que desearan publicitarla, al despertar en la población la avidez por seguir los nuevos modelos de reciente acuñación en el Viejo Continente. Si bien los figurines de Ackermann habían sido ya de gran valor para el bello sexo, fue mediante la publicación de *El Iris. Periódico crítico y literario*, aparecido en 1826, que se abrió la puerta nacional para que la prensa periódica mexicana pudiera llegar a todas las familias con revistas que incluyeran tópicos culturales, literarios y de moda. Los figurines coloreados de obsequio constituyeron un acierto pues, aunque copiados de los extranjeros, quedaban al alcance de la población de toda la nación mediante suscripciones.

Los editores Claudio Linati, Florencio Galli y José María Heredia habían abierto una oficina que se encontraba en la calle de San Agustín número 13 donde se vendía la suscripción, que también se podía adquirir en las librerías de Recio, Ackermann<sup>30</sup> y Valdés. Su "Prospecto", que había aparecido en *El Águila Mexicana*, periódico en el que también colaboraba Heredia, dedicó el 13 de enero de 1826 algunas líneas a las damas mexicanas:

¡Quisiéramos que Cupido nos prestase una pluma de sus alas para tributar al bello sexo artículos dignos de su amabilidad! Las modas, que reuniendo la variedad al buen gusto completan el hechizo por el cual sabe ejercer tan dulce imperio sobre los hombres, nos ofrecerán argumentos frecuentes en su obsequio. Para granjearnos aún más su aceptación, daremos cada mes un figurín iluminado, valiéndonos de la litografía.<sup>31</sup>

El 4 de febrero se abrían las puertas del "templo de la Moda" con una bienvenida cuya elocuencia exaltaba el deseo por adquirir todo cuanto ahí fuera recomendado: muselinas,<sup>32</sup> gasas,<sup>33</sup> tafetanes,<sup>34</sup> cintas entrelazadas, guirnaldas con flores de seda aderezadas con perlas

<sup>30</sup> En el periódico *El Iris*, el apellido Ackermann aparece escrito con una sola "n": Ackerman.

<sup>31</sup> "Prospecto", aparecido en *El Águila Mexicana*, 13 de enero de 1826, *op. cit.* en María del Carmen Ruiz Castañeda, "Introducción", en *El Iris. Periódico Crítico y Literario* por Linati, Galli y Heredia, tomo 1, edición facsimilar, México, 1826, En la oficina del *Iris*, calle de S. Agustín núm. 13, y en las librerías de Recio, Ackerman y Valdés, UNAM/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México, 1988, pp. xxvii-xxix. La suscripción tendría un precio de 4 duros por trimestre.

<sup>32</sup> Las muselinas eran también llamadas "musolinas".

<sup>33</sup> Las gasas eran telas translúcidas, de finísimo hilo de seda. Podían hacerse también de algodón.

<sup>34</sup> Los tafetanes eran tejidos sencillos de seda, sin adornos en el tejido ni colores complicados. En el caso del vestido descrito se trata de un crespón de seda.

<sup>35</sup> Entre las piedras preciosas preferidas por nuestra sociedad se encontraban los diamantes, seguidos por los rubíes. Entre otras preferencias estaban las perlas de todo tipo.

<sup>36</sup> "Prospecto", *op. cit.* p. xv.

<sup>37</sup> El crespón era una tela que parecía estar "arrugada" o con "elevaciones" y podría haberse hecho de seda o lana. Cuando era de lana, era más que nada usada con motivo de lutos.

<sup>38</sup> "Prospecto", *op. cit.* p. 8.

<sup>39</sup> El satín es una tela de seda que por un lado es opaca y por el otro brillante, debido a las largas bastas que se producen al ser tejida.

<sup>40</sup> Las "cuchilladas" se dieron tanto en ropa de varones como en la de mujeres; eran aberturas de donde se extraía la tela inferior, muchas veces en color blanco o contrastante, y provocaban superficies esféricas. El enorme problema de estas prendas fue y es el planchado de estas partes.

y piedras preciosas.<sup>35</sup> Los figurines<sup>36</sup> llegaron a lugares como Veracruz, Jalapa, Orizaba y Córdoba, Puebla, Valladolid, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, el Refugio en Sonora, Campeche, Tehuacán, Tampico, Durango, Chihuahua, Guadalajara y Oaxaca debido a las suscripciones.

En el primer número se ilustraba en el figurín un traje de crespón<sup>37</sup> color rosa sobre un viso de tafetán blanco, mangote y guarnición de lo mismo, manga larga de punto y sombrero de paja con guarnición de gasa del mismo color y algunas flores.<sup>38</sup> Este figurín presentado por Linati fue copiado en simetría especular al publicado por el *Costume Parisien* de 1825; en este la firma es ilegible, como parte del texto que acompaña a la modelo. De lo que puede recuperarse se nota que se tradujo casi de manera idéntica la descripción que se ofrece para el sombrero. El figurín obsequiado por *El Iris* carecía de la finura de trazo que el original, pero lo interesante del caso es la probatoria de que dichos modelos eran tomados en cuenta en el flamante México independiente, ya que en la colección del Museo Nacional de Historia se encuentra un pequeño vestido que con seguridad perteneció a una niña que habrá tenido alrededor de 3 años y quien, con probabilidad, fue vestida igual que la madre. Está tomado en forma casi idéntica, se confeccionó en gasa de seda color amarillo pálido con listas doradas, se adornó con triángulos hechos con tela de satín de seda<sup>39</sup> del color áureo y listón de seda, *en suite*. El vestido difiere del figurín en que el talle es casi Imperio, pues queda casi bajo las axilas, pero porta también manga larga con puños de satín, y los triángulos se localizan tanto en el área del cuello que es tipo "ojal" –es decir, de hombro a hombro– como en la parte baja de la falda, donde funcionan como las "cuchilladas"<sup>40</sup> de los trajes virreinales que servían para extraer la tela cosida en el interior, con lo que se provocaban volúmenes esféricos o cilíndricos, tal como puede apreciarse en los figurines de *El Iris* o el *Costume Parisienne*.<sup>41</sup>

Para deleite de las lectoras, un segundo ejemplar apareció el sábado 11 de marzo. En el texto que le describía, la moda entraba en diatriba con la piedad y la caridad cristianas de todas aquellas damas que se regalasen con prendas similares. Se trataba de un vestido de baile hecho con tela de muselina con ramos de vid bordados que, por ser de fábrica más económica, permitiría a las damas ejercer la virtud de la caridad, pues el "precio modesto deja la facultad de disponer de algún dinero que destino a las familias pobres cuyas angustias nos pintaron ayer".<sup>42</sup> El vestido no era tan sencillo; era para uso en la tarde, no muy escotado, de manga larga y talle ligeramente arriba de la cintura, lo cual preconizaba el advenimiento de la nueva tendencia romántica en moda. El cinturón cerraba con una gran piedra. El vestido estaba bordado de manera profusa en la parte superior del talle y la parte baja de la falda.

El texto, además de exaltar la caridad como virtud, subrayaba la ternura maternal y la idea de dedicar los pensamientos cotidianos a cuestiones importantes, por lo que dejaba a la moda como algo fútil. No obstante, y en contraposición a lo que se establecía en este texto, el que acompañaba al tercero, aparecido el miércoles 17 de mayo<sup>43</sup> –y cuya descripción era

<sup>41</sup> Véase: María del Carmen de Arechavala Torrescano, *op. cit.* p. 51. Aquí se encuentran las tres ilustraciones. La foto del vestidito no puede apreciarse muy bien porque en ocasiones, para no maltratar la pieza, hay que aprovechar cuando se presta y se monta para tomarle una foto. De igual manera se encuentran las descripciones textuales que aparecen en *El Iris*.

<sup>42</sup> "Prospecto", *op. cit.* pp. 54-55.

<sup>43</sup> En todos los figurines se advierten diferentes tipos anatómicos en cuanto a construcción facial: uno en óvalo angosto, otro en óvalo perfilado y un tercero con la barbilla puntiaguda y la frente amplia y ancha, lo que da una certeza de que fueron copia, pues los figurines en general presentan prototipos de mujeres que muestran los vestidos y, en cierta forma, cómo usarlos con sus complementos. Quien los dibuja muestra un determinado estilo anatómico que le caracteriza, como ocurrió con los de Rudolf Ackermann. En el caso de los figurines publicados en *El Iris*, no he encontrado sus pares originales salvo en el primer caso, pero posiblemente las fuentes sean también francesas.

presentada por un currutaco– planteaba la moda femenina como una forma para complacer al varón más que a la propia vanidad. No resultaba casual que un lechuguino, dedicado plenamente a cultivar la apariencia, ofreciera una descripción detallada de los lujos del atuendo, sin vincularle a cualidades que compensasen la materialidad de la moda, pues dichos varones dedicaban horas y horas al cultivo de su persona, al llevar una vida ociosa, de derroche y presunción.

A pesar de las contradicciones, habrá de reconocerse que el pensamiento estético de Claudio Linati se adelantó a su tiempo, pues calificaba lo que estaba fuera de moda como obsoleto, a partir de lo cual se valoraba (y valora) a las personas por la cantidad de dinero erogada en lo que llevan puesto y no por su riqueza interior, pues consideraba que la moda “ejerce un influjo sumamente poderoso sobre nuestro modo de juzgar; o por mejor decir lo tiraniza. Lo que hoy es bello, bueno, y perfecto se considera mañana como feo, malo y contrahecho, porque ha cesado de ser de moda”.<sup>44</sup>

Linati se oponía a que se juzgara al hombre “según la elección de voces y expresiones preferidas por la moda, y según ciertas contorsiones y gesticulaciones adoptadas hoy como distintivos del gran mundo, y mañana desechadas y puestas en ridículo por el mismo”.<sup>45</sup> La moda, afirmaba, existía igual en las ciencias y artes, “y hasta en el modo de pensar y obrar. La educación misma [...] base de toda felicidad, está sujeta á la moda, y principalmente en la casa de los grandes”.<sup>46</sup> Para este autor y litógrafo, la moda resultaba una cuestión de uso pasajero; un asomo de vanidad que dilapidaba sin tomar en cuenta a los necesitados; un atributo femenino para complacer a los varones; una cualidad que se le añadía a una virtud y un tema que separaba socialmente.<sup>47</sup>

A su partida, al radicar nuevamente en Europa, el autor publicó su obra titulada *Trajés civiles, militares y religiosos de México*, en la cual retrata en dos láminas a las damas mexicanas vestidas con la moda en su transición a la Romántica. Sus protagonistas –pertenecientes a diferentes clases sociales– portaban prácticamente el mismo modelo, cuyas coincidencias eran estilísticas (pues el nivel de cintura había bajado hacia la base de la caja torácica, la manga comenzaba a crecer a nivel de los hombros reduciéndose a una especie de farol y la falda del vestido caía sin tener mucho vuelo y producía mayor volumen cerca de la cadera) y sus diferencias, en el tipo y calidad de los materiales empleados para su confección.

En el caso de la mujer adinerada, el vestido de seda negra presentaba manga larga, y completaban el atuendo una mantilla blanca orillada con un rico encaje, piernas cubiertas con medias y zapatillas de seda. El otro, que portaba la joven obrera, era descrito por el autor como un túnico hecho de indiana “impresa burdamente” en el país: el *tápalo*,<sup>48</sup> de tela de algodón “muy tupida” conocida localmente como “manta”, que según afirmaba era fabricada “en Puebla de los Ángeles [y enviada] a Inglaterra en blanco, para estampar”.<sup>49</sup> La belleza de la obrera, cuyo vestido dejaba ver los redondos brazos, era la de una mujer que trabajaba, sin afeites ni recovecos. Dicho arquetipo fue rubricado en todos los textos escritos por extranjeros que visitaban nuestro suelo y por nuestros propios escritores. Linati, con su espíritu rebelde y liberal, expresaba que: “en México como en París, la naturaleza se impone sobre las pantomimas de la sociedad”.<sup>50</sup> Linati ejemplificó con sus figurines y estampas la última parte de la moda Imperio y el inicio de la moda Romántica correspondiente a la tercera década del siglo.

<sup>44</sup>“Prospecto”, *op. cit.*, p. II – 122.

<sup>45</sup> *Idem.*

<sup>46</sup> *Idem.*

<sup>47</sup> Frente a estas evidencias, se puede corroborar la afirmación de Carl Sartorius, ya que no sólo existían figurines impresos de forma local, sino que la gran sociedad tuvo en sus manos los de otros lugares del mundo, como Francia, con por lo menos el *Journal des Modes* y *Le Costume Parisien*, y de Inglaterra con el *Repository* y los modelos de Rudolph Ackermann, mismos que con seguridad se tomaron en cuenta para confeccionar vestidos y trajes en su momento.

<sup>48</sup> El *tápalo* es una pieza rectangular de tela, comúnmente hecha de algodón, que se usaba sobre la cabeza y que en tierras calientes se colocaba, doblada, sobre la cabeza para protegerse del sol.

<sup>49</sup> Claudio Linati, *Trajés civiles, militares y religiosos de México*, Introducción, estudio y traducción de Justino Fernández, Prólogo de Manuel Toussaint, UNAM/IE, Imprenta Universitaria, México, 1956, *Planche Première*, Jeune Ouvrière, s/p.

<sup>50</sup> *Ibidem*, *Planche Quinzième*, Jeune Dame, s/p.

<sup>51</sup> El *gros* es una tela de seda cuya textura tiene líneas resaltadas. El más requerido fue el *gro* de Nápoles.

<sup>52</sup> El *raso* es una tela de seda cuyo revés y derecho son opacos. Es una tela pesada.

<sup>53</sup> La *tela de batista* era una tela muy fina hecha de lino, casi traslúcida.

<sup>54</sup> El *cambray* era similar a la anterior, con un tejido más tupido.

<sup>55</sup> La *Holanda* era otra tela muy fina hecha con fibras de lino, que se usaba tanto para ropa interior como para camisas.

<sup>56</sup> El *tricornio* era un tipo de sombrero para varones, con corona central y ala elevada formando tres picos o cuernos, de donde se deriva su nombre: tricornio.

<sup>57</sup> Según narra el senador Gonzaga, el atuendo que portaba correspondía a la forma de su ropa habitual que “traía desde Iguala”, con pantalón a la rodilla. Véase: Luis Gonzaga Cuevas, *Porvenir de México, ó juicio sobre su estado político en 1821 y 1851*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, Calle de los Rebeldes núm. 2, 1851, p. 122.

Para finales de los años treinta la sociedad había ya adoptado la moda Romántica afrancesada que para el año de 1837 tomaría de nuevo un derrotero inglés debido a la asunción al trono de la Reina Victoria y el Príncipe Alberto; ambas tendencias se combinarían, inclusive, con algunos rasgos de la moda alemana. Nuestro país sin duda había iniciado apenas hacía unos cuantos años su vida independiente, y muchas de sus demandas para el vestir no eran factibles de encontrar en producción nacional, por lo que tenían que ser adquiridas por la vía de la importación. Tal era el caso de las codiciadas muselinas, los *gros*,<sup>51</sup> rasos<sup>52</sup> y satines tejidos con fina seda y los linos –como la *batista*<sup>53</sup>, el *cambray*<sup>54</sup> o la *Holanda*<sup>55</sup>–, de origen alemán, con las cuales se confeccionaban prendas interiores y camisas para varones, mismas todas que eran insumos *sine qua non* para las modas Imperio y Romántica; en el mismo caso quedaban los preciosos encajes y diversos accesorios y algunos artículos de perfumería.

Todos tenían en su contra los altos aranceles impuestos desde el primer arancel de 1821, por lo que su comercio al menudeo se encareció, no obstante lo cual toda la población se las ingeniaba para lucir al último grito. Cabe insistir que la adopción de estas nuevas modas no tuvo un marcado origen político o literario como sucedió en Alemania, Francia o Inglaterra, ya que se comenzaron a adoptar los cambios desde algunos años antes a la revolución de Independencia pues, en el caso femenino, las últimas virreinas llegaban ya portando vestidos talle Imperio, aunque los virreyes aún vistieran el pantalón a la rodilla, peluca, tricornio,<sup>56</sup> medias y calzado con gran hebilla que aludía a su elevada posición.

Aunque la nobleza y sujetos colocados en algunos puestos públicos mantenían el uso del pantalón a la rodilla, otros comenzaron a portar pantalones largos, cuya adopción en nuestro país se dio como resultado de la influencia por el contacto con el extranjero mediante la llegada de figurines, por los viajes de los herederos de hacendados a Europa –a cuya llegada traían puestas las formas de ropa utilizadas en el Viejo Continente–, y por los cambios en el uniforme de los ejércitos españoles que habían tenido lugar durante las dos últimas décadas del siglo dieciocho. Las primeras secciones del ejército español en usar el pantalón largo fueron las de granaderos y caballería (incluyendo dragones y húsares), y pocos años después continuaron con los uniformes de la infantería, al seguir el ejemplo de los uniformes ingleses y napoleónicos cuya influencia permeó los de casi todos los ejércitos del mundo occidental.

Algunos varones en Francia utilizaban el pantalón largo, como los ejércitos ingleses que luchaban contra los afanes imperialistas de Napoleón, como forma de repudio a la forma del gobierno imperial; en nuestro país, sin embargo, no hay huella en ninguno de los textos consultados acerca de una adopción de la prenda por cuestiones políticas. Los testimonios gráficos y pictóricos correspondientes al término de la lucha independentista son evidencia de lo afirmado, pues en la mayoría se observan, vitoreando al Ejército Trigarante, multitudes en donde la población civil masculina viste atuendos compuestos por pantalón largo, levita y sombrero de copa, mientras que las damas llevan vestidos de alto talle en color claro.

Habrà de aclararse que el uso del pantalón largo se combinaba con el pantalón corto como uniforme para ciertos miembros del gobierno y para cenas de corte, como se usaba en Europa, uso que continuó hasta principios de siglo xx. El mismo Agustín de Iturbide<sup>57</sup> fue retratado llevando ambas modas al encabezar los cuerpos del ejército. Todo indica, por tanto, que las revueltas de independencia no fueron obstáculo a la propagación, adopción y adquisición de prendas a tono con las modas inglesas y parisinas, y que la sociedad siguió

su marcha evolutiva de manera ininterrumpida al adquirir, paso a paso, todo lo necesario para estar a la moda y acorde a la etiqueta.<sup>58</sup>

Para las primeras décadas del siglo diecinueve, la moda barroca se había desechado casi en su totalidad, sin embargo permanecieron algunos vestigios de la Madre Patria que no se perdieron a lo largo del siglo, como bien lo explica el senador Luis Gonzaga Cuevas, coetáneo testigo y protagonista de los hechos, pues había vivido la transición de lo novohispano a lo mexicano. En las primeras páginas de su libro *Porvenir de México, ó juicio sobre su estado político en 1821 y 1851* externa dos puntos importantes que tenían que ver con la conducta de la sociedad: uno positivo, “la comunicación frecuente con extranjeros [por medio de la cual] han adquirido la generalidad de los conocimientos más indispensables y las cualidades de más brillo en la sociedad”;<sup>59</sup> y otro negativo, que vinculaba el afán por el lujo dentro de la sociedad que iba unida al derroche, la adicción a la seducción de Birján<sup>60</sup> y la inmadurez para autoadministrarse; afirmaba que había una “pasión por el despilfarro” que les llevaba a buscar lo suntuario, el juego y la ociosidad.<sup>61</sup>

La nación al comenzar el año de 1821 era liberal porque quería ser independiente, y que, sin embargo, repugnaba el sistema porque quería ser religiosa: que los liberales nada representaban en la cuestión del país sin sus contrarios, ni éstos podían apelar al antiguo régimen sin hacer retroceder la causa de la nación hasta un punto en que no fuera posible separarse de la madre patria.<sup>62</sup>

En el caso femenino se había mantenido el uso de la mantilla, el rebozo o la peineta, los trajes negros para asistir a misa y las enormes trenzas entretreídas con listones de terciopelo bordados con diamantes. En el caso de los varones, los fajines de seda con flecos como complemento al pantalón de charro y de faena, la mascada montera de largas puntas bajo el sombrero de ala ancha –que sin embargo tomó un sello mexicano muy particular pues era adornado con lujosas toquillas viperinas plagadas de diamantes y ojos de rubí, amén de galones tejidos con entorchados de metales preciosos– y el uso de paliacates que acompañaron a los pañuelos de finas telas de algodón o lino; así como la larga tradición de bordados en diversas técnicas aplicados, por ejemplo, en los vernáculos “paños de sol” y el hábito de colocarse gran número de joyas –símbolo del estatus e inversión para tiempos de crisis–.

Cabe aclarar que estas costumbres compartieron raíces orientales con algunas prendas que llegaron a nuestras costas vía la Nao de China, como fue el caso de los tápales convertidos en rebozos al aplicárseles un terminado de flecos anudados conocido como rapacejo, que posiblemente tomaron como ejemplo los acabados de los mantones de Manila –aplicados inclusive con caritas pintadas en marfil–, y las sedas de oriente, que se usaron no sólo con y para la ropa civil, sino con la ropa de los habitantes de haciendas –cuyos orígenes provinciales españoles es innegable–.

Nuevas prendas se crearían para este siguiente ciclo de la moda, pues las damas experimentarían un cambio notable en su apariencia apenas al pasar el primer cuarto de siglo, ya que el talle descendió unos centímetros más y tomó el corpiño una forma triangular al

<sup>58</sup> La etiqueta era demandante, pues se componía de una serie de reglas de conducta y de vestido adecuadas a diferentes horas del día y eventos a los que se podía asistir. Incluía lo que se podía usar al dormir, en la playa, para deportes, para ceremonias religiosas y luto. Los cambios habituales diarios eran por lo menos cuatro y de ahí que se hicieran tales gastos, pues ningún vestido podría repetirse durante la celebración de estas fiestas de Pentecostés.

<sup>59</sup> Luis Gonzaga Cuevas, *op. cit.*, p. 9. El senador Gonzaga Cuevas afirma que existió una inmadurez política y económica heredada de los españoles dados al despilfarro; expresa: “Y cuando me he puesto á comparar los Estados de la América Española con los Estados Unidos, he creído que encontraba el origen de la sobriedad y de la buena administración pública, que los últimos llegaron á establecer muy pronto, en ese espíritu de orden y de economía doméstica que ya tenían al hacerse independientes”. A todo lo anterior, aumenta la pasión por el juego, como consecuencia de la cual, se perdieron fortunas y haciendas.

<sup>60</sup> Cuando los autores mexicanos hablan del “Birján” se refieren a los juegos de azar en general.

<sup>61</sup> Luis Gonzaga Cuevas, *op. cit.*, pp. 12-13.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 25.



<sup>63</sup> La *pretina* es el terminado superior de una falda y en la que se incluyen las formas de cierre de la prenda (cordones, ganchillos y ojillos, botones y ojales).

<sup>64</sup> Herbert Norris, *op. cit.*, pp. 73-77.

<sup>65</sup> Las *pelisas* y *manteletas* fueron prendas de cobertura para salir.

<sup>66</sup> Herbert Norris, *op. cit.*, pp. 79-80.

<sup>67</sup> Esta forma marcaba el cambio con los *abanicos* utilizados durante el Virreinato, pues las guardas eran mixtilíneas.

<sup>68</sup> Los *levitones* eran sacos a tres cuartos de largo, con costura en la cintura y bajo ésta, amplia falda.

<sup>69</sup> Los *sorbetes* eran sombreros altos.

<sup>70</sup> El paño podía ser de lana o de castor, que no era tejida sino producida al aglomerar fibras con algún tipo de aglutinante, agua y presión para exprimir.

frente cerca de la cintura, cuyas pretinas<sup>63</sup> estaban adornadas con hebillas. Los cuellos se diseñaron triangulares con aplicación de holanes, cayó con notoriedad la línea de los hombros; la altura del vestido ascendió y dejó asomar las zapatillas cuyas cáligas subían y se enredaban en la pantorrilla. El detalle de distinción de esta moda fueron las mangas, que cobraron volúmenes enormes que debían sostenerse por medio de la inserción de materiales estructurales y rellenos como tiras de bambú, paja y barba de ballena, por mencionar algunos; se ubicaron primero en la parte superior del brazo para luego colocar estos enormes segmentos sólo en el antebrazo, dejando la mitad de arriba, ajustada. Todo apuntaba a una línea de hombros caída y triangular.

Puede afirmarse que la moda fue abarrocada, pues los vestidos se llenaron de adornos con volantes, holanes, encaje, cuellos enormes que bajaban por los hombros hasta la mitad del brazo, listones y flores.<sup>64</sup> Las faldas cobraron vuelo con el uso de varias enaguas muy fruncidas y abundante tela formando el domo de una campana. Para cubrirse de las inclemencias la moda prescribió la medicina: pelisas, manteletas<sup>65</sup> con capuchón y diversos tipos de capas, boas de piel vellosa, chales, etcétera. Los bonetes cubrieron las cabezas con alas anchas redondas y altas coronas bajo las cuales asomaban caireles que se decoraban con plumas, flores y listones. El cabello, peinado en grandes chongos, se sostenía con armazones de alambre y se usaron postizos.<sup>66</sup> El calzado, con la punta recta, se sostenía no sólo con las cáligas sino con cinta elástica decorada al frente del empeine con una roseta o un moño. Los botines se pusieron de moda y se ataban con lazos, cordones o listones que pasaban por ojillos colocados al interior del pie.

Comunes a todas las modas mencionadas fueron los parasoles pequeños y articulados, las bolsas conocidas como ridículos, los abanicos con guardas rectas decoradas,<sup>67</sup> los guantes y los mitones. Regresó el uso de los corsés y las pantaletas que llegaban a la rodilla guarnecidas con pasalistones y moños, que en algunos casos estaban cosidas por el medio. El cambio en los repertorios obligó a la renovación de todos los atuendos pues se añadieron fichús (capitas triangulares que recorrían el escote y al frente caían a la cintura), cuellos perimetrales enriquecidos con encajes y puntas conocidos como "Bertas", y se continuó con el uso de chales y mantillas sostenidas por peinetas a las que se añadieron pequeñas joyas de oro, plata y diamantes.

En el caso de los varones, la mejor descripción de la moda vigente fue producto de la pluma de Guillermo Prieto, quien describe, para finales de la década de 1830, a los jóvenes con "sus esclavinas y capas" y a los señores con "levitones largos y holgados":

Los señores graves, aferrados en sus recuerdos, vestían luengos levitones,<sup>68</sup> altos sorbetes,<sup>69</sup> y sus capas redondas, adicionadas, las de lujo con un enorme cuello de nutria que servía de abrigo, respaldo y almohadón de la cabeza.

Grande consumo tenía el paño,<sup>70</sup> pero el pantalón de casimir<sup>71</sup> era el preferido; así como para los pollos el frac<sup>72</sup> verde o azul de botón dorado y en el pollo vulgar la *piel de tuza*, remplazo ventajoso de la coletilla y de la cotona.

El calzado era por regla general la bota entera o el borceguí, surtiéndose los pollos *mal comidos*,<sup>73</sup> del brazo fuerte o sea de los zapateros ambulantes que vagaban por las calles llevando cabalgando en el brazo su mercancía.

<sup>71</sup> El casimir era una tela de lana con diferentes tipos de figuras tejidas al telar, y era para hechuras de trajes.

<sup>72</sup> El frac era de corte ajustado al cuerpo, recto en la línea de la cintura y con dos colas en la parte de la espalda.

<sup>73</sup> Los pollos, lechuguinos, currutacos o *dandys* no eran todos de la misma "especie". Los de primera eran personas pudientes, los de segunda podría decirse que eran pollos que trataban de escalar socialmente y los mal comidos eran de plano aquellos que se vestían de prendas restauradas, convertidas o de segunda mano.

En los abrigos masculinos se habían hecho más sensibles los cambios: al capote y la esclavina<sup>74</sup> los había desterrado de *ciertopelo* el carricle<sup>75</sup> aristocrático, color de haba, con sus respectivas degradaciones entre los pobres, y al carricle lo había condenado al lacayo, el barragán<sup>76</sup> que se hizo popular y prohijó y reconoció como de su propia familia a la talina y al capote dragón.<sup>77</sup>

Cuenta el autor que continuaba la tradición del *dandismo*, misma que en ocasiones tenía representantes un tanto patéticos a los que se podía encontrar en cafés, fondas y pulquerías: “*Nenes*: así se llamaban a los pollos aprendices de hombres de mundo, pedantes, desgarrados y ridículos”<sup>78</sup> que trataban de presentarse en sociedad según proclamase la última moda. La clase trabajadora, la clase media que vivía en casas de plato y taza o vecindad, usaba levitones, barraganes y sorbetes negros; pantalones de “boca de clarín y fraquecito con botón dorado”; chaquetas de indiana y pantalones de pana<sup>79</sup> o de tuza; telas todas que quedaban para las clases sociales inferiores.<sup>80</sup> El resto, los plebeyos, el populacho, se vestía con jerguetilla y coleta,<sup>81</sup> chirlos y harapos; la camisa al descubierto, banda de burato<sup>82</sup> y los sombreros de panza de burro, que eran desde luego para el “primer grado de la civilización”.<sup>83</sup> Los trabajadores, ajenos a la moda, ajustaban como podían su guardarropa a las exigencias europeas que se habían impuesto desde principios del siglo XIX, aunque los materiales fuesen de calidad inferior, usados o regalados.

Dos o tres años después se usaba “una especie de frac redondo, con el pecho abultado y duro, como con armazón de fierro; las mangas eran tan estrechas, que, en la parte interior, se abrían y se sujetaban a la sangradera con botones pequeños de metal; los botones dorados del frac eran poco más grandes que un peso”. El pantalón era terriblemente estrecho, cuya trabilla con botones se pasaba por debajo de la bota para mantener la forma, y de las pretinas se desprendían los tirantes –que no seguían de moda a título gratuito, sino por la necesidad de mantener al pantalón en su lugar, pues cuando reventaban ocasionaban grandes penas a los portadores, ya que podían caer y dejar al sujeto en paños menores–; chaleco que “apenas llegaba a la mitad del pecho, completando [con] ancha corbata de terciopelo, atada con hebilla, y un peinado, que sin destronar la furia, anunciaba la raya partida.”<sup>84</sup>

Los fracs y las levitas se transformaron, al igual que las prendas de cobertura y fueron todas éstas las que sufrieron mayores variantes hasta la aparición del traje de tres piezas durante la década de 1850. La moda masculina mostraba la evolución en el corte, en el uso de telas (con motivos diversos o bordadas) y en las formas de ajustarse al cuerpo, lo cual no quería decir que para el varón no existieren multitud de prendas para la mitad del siglo: batas para casa, sacos para fumar con gorros griegos, ropa para deportes como la cacería, varios tipos de prendas de abrigo con diversos largos, *plaids*<sup>85</sup> usados a manera de chal, ropa para dormir y corbatas que podían anudarse en diversas formas.<sup>86</sup>

<sup>80</sup> Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 190

<sup>81</sup> La jerguetilla y la coleta eran fabricadas a partir de fibras que no tenían un buen hilado, eran telas abiertas, poca calidad y, por tanto, baratas.

<sup>82</sup> El burato era una tela que se fabricaba con una combinación de fibras: lana y seda.

<sup>83</sup> Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 175.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 190. El autor se refiere a la forma en las colas de los fracs que simulaban las alas del gorrión y con respecto a los peinados, se habían dejado atrás modelos greco-romanos, como el nombrado “*à la Titus*”, que usaba Napoleón, para dar lugar a rizos. Se decía que los dandys, pollos, lechuguinos, etcétera, rizaban el cabello con tenazas ardientes, y se colocaban después una pomada aceitosa con la cual manchaban los respaldos de los sillones. Estos rizos se llevaban al dividir la cabeza por medio de una “raya”.

<sup>85</sup> Los *plaids* eran telas finas tejidas casi siempre con motivos de cuadros, que tenían forma rectangular y que se usaban como chal sobre los hombros. Estuvieron de moda desde la década de 1850.

<sup>86</sup> Las corbatas en esta época llevaban el nombre de *cravat*, que a mi juicio debe conservarse, ya que son diferentes prendas tanto en largo como en forma de uso. La *cravat* medía varias yardas, estaba hecha de tela de gasa de seda y daba varias vueltas al cuello de la camisa, del cual asomaban únicamente las puntas, dejando al sujeto casi sin movimiento. Al final se anudaba de acuerdo a la intención que tuviera el uso de la ropa.

<sup>74</sup> La *esclavina* era una pequeña capa que se colocaba sobre abrigos y capas y que, en los primeros años de la moda Imperio, generó un abrigo de varias esclavinas.

<sup>75</sup> El *carricle* era un tipo de saco, cuya hechura era barata y por tanto dirigida a personas con pocos recursos.

<sup>76</sup> El *barragán* era igualmente un tipo de saco, para cuya adquisición no se requería gran peculio. De hecho, Guillermo Prieto se describe a sí mismo usando un desvencijado barragán.

<sup>77</sup> Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, Editorial Porrúa, México, D. F., 2004, (Sepan Cuántos, núm. 481), p. 172.

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 140.

<sup>79</sup> La *pana*, como el terciopelo, era una tela vellosa, con rayas longitudinales que no tenían esta característica. Se podía fabricar de algodón.

La diversidad de prendas era al gusto del consumidor, según el presupuesto y la personalidad de quien la usaba; y “para ejemplo un botón”, pues entre los contemporáneos amigos de Prieto, José Zozaya “era el tipo de galán joven de la clase media; bello de figura, [...] esmerado en el traje”; Manuel Payno, de atractivo semblante, era un consumado dandy; Juan Gamboa y Salvador Batres, “jóvenes que eran joyas de la sociedad de México [tenían proverbial figura, pues el primero era] muy elegante y hermoso [personificando] en su pureza las modas parisienses”. Contrario a estos elegantes, Juan Lacunza y el mismo Guillermo Prieto vestían sendos barraganes, debido a su corto presupuesto, y eran más o menos la antítesis de la elegancia. De todo un abanico de posibilidades los únicos con capacidad de incluir todo lo requerido por la etiqueta eran los miembros de las élites, pues para ser un dandy se requería venir de familia de dinero, o bien saber cómo endeudarse con el proveedor de telas, el sastre y el peluquero.

El contacto con la burguesía y las élites hacía surgir compromisos en personas de clases sociales inferiores que cambiaban para adaptarse socialmente. El mismo Prieto, con motivo de su próximo matrimonio con una señorita de sociedad, hubo de recurrir a “los lagartijos” de su intimidad para:

Remedar la moda reciente y flamante como cualquier tenorito, y acopié pomadas y polvos, aguas de olor de la industria del país, barniz de tinta de oficina y [quien sabe] cuantas cosas más. Un primo de elegancia de imitación me sugirió la camisola, es decir, una pechera que se quitaba y ponía con la mayor facilidad y era a propósito para reservarse para los golpes de teatro. Pero para mí todo lo falso, todo lo postizo, todo lo afectado y pretencioso ha sido no sólo repelente, sino imposible, llevándome tal condición al extremo opuesto, conceptuándome de zafío y abandonado y faltando a las debidas conveniencias sociales que son como el perfume de nuestras acciones.<sup>87</sup>

Para esta época Guillermo Prieto tenía un sueldo precario y vivía en una vecindad, lo cual le obligaba a “heredar” prendas que eran ajustadas por costureras y sastres rinconetes,<sup>88</sup> y usaba una pechera que podía removerse toda vez que no fuera necesario aparentar una bella camisa.

Como ironía social, todos aquellos con posibilidades materiales eran considerados “decentes”: “la flor de la curia, el laurel de oro del ejército [...] la fuente de encantos del comercio”, hacendados ociosos, toreros, tahúres de renombre, caballeros de industria y niños de casa grande, holgazanes y prostituidos.<sup>89</sup> Escala abajo se colocaban aquellos de “cierto pelo”, a quienes se describe como arribistas, escaladores sociales que vestían de forma correcta pero eran afectados y artificiales. La clase trabajadora, la clase media, la que vivía en casas de vecindad, vestía como podía. El resto de la población, los plebeyos, el populacho, se vestía con telas y prendas corrientes, y se dejaba en último lugar a los léperos que se

<sup>87</sup> Guillermo Prieto, *op. cit.*, p. 248. Es importante hacer notar el conocimiento que todos aquellos que escriben relatos costumbristas tienen acerca de materiales de factura y de adorno, pues describen no sólo los atuendos, sino que los enriquecen con los nombres de las telas y los tipos de ornamentación. Diferencian con claridad los conceptos y los materiales: galones, entorchados, randas o puntas enchiladas; rasos, paños, panas y jerguetilla; seda, lino, lana o algodón. Su lenguaje revela una cultura de consumo de la que en la actualidad la mayoría de la población adolece, y aprecian y vinculan la calidad con aquellos bienes duraderos que denotan, además, gusto y clase. Este conocimiento permitió que fueran del sexo masculino aquellos de cuya pluma salieran las líneas acerca de moda escritas en las publicaciones periódicas de la época.

<sup>88</sup> Se conoce por “rinconete” al aprendiz de sastre, entre cuyas tareas se encontraba entregar la ropa hecha por los sastres. Todos ellos y las costureritas que trabajaban para modistas de renombre vivían en vecindades en forma por demás precaria, pues el sueldo diario de una modista era de apenas 3 reales.

<sup>89</sup> Guillermo Prieto, *op. cit.*, pp. 37 y 63.

afirmaba semejaban una “ficha de dominó de seis y blanco”, al dejar ver la oscura piel en el torso y el blanco calzón de manta de la cintura hacia abajo.<sup>90</sup> La sociedad se dividía por sus medios económicos, y lo patentizaba por medio de la ropa.

El termómetro para la elegancia fue, tal como en la moda Imperio, la forma de asistir al teatro, pero no sólo de la concurrencia sino de las artistas, cuyas formas de vestir incidieron en la población femenina. Comenzaban en la década de 1830 las temporadas de ópera en la capital cuando en todos los palcos se observaban “muñequitos de movimiento muy apuestos y muy al natural [y] mil figuritas con sus sombreros, abanicos y pañuelos”,<sup>91</sup> pues la concurrencia aumentaba de forma notoria y vestía sus mejores galas al adoptar, tal como sucedía en Europa, la forma de vestir de algunas artistas, como fue el caso de la cantante Marietta Albini. Madame Calderón de la Barca, al referirse precisamente a esta última, opinaba que portaba las últimas modas de París, como era el caso de los sombreros de *Herbault*.

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 175.

<sup>91</sup> *Ibidem*, pp. 61-62.

En opinión de Guillermo Prieto, la moda femenina había sufrido un cambio positivo, pues “un soplo vivificador trajo la ancha enagua, la manga de farol, la crinolina y las peinetas de olla, de gajos, de picos y de teja, se borraron por completo aros y armadores, túnicos de medio paso [y] se dejó en pie y triunfante a la mantilla, los caracoles y los tirabuzones”.

Solo puedo decir que pasaron para el gran tono las épocas de los encajes, de las macedonias, de los tápalos chinos valiosísimos; de la manga corta o guante de brazo, para dar lugar a capotas y chales y tocados con perlas, tembleques de piedras preciosas y plumas, quedando en pie, dominando las ruinas, como diría Horacio, la saya y la mantilla de riquísimo trapeo y la mantilla blanca para espectáculos y paseos.

En el calzado siguió ostentando el proverbial lujo de las mexicanas; el exclusivo era el bajo, sin que se presintiera ni de lejos este botín masculino, recuerdo del soldado y del colegial de poca fortuna.

El zapatito bajo de raso negro era el zapato aristocrático y el de mahón negro lo adoptaba gustosa la pollita recatada.

Las pollas y damas afectas a las transgresiones constitucionales gastaban zapatos de raso verde o café; pero el zapato bajo era como engaste o marco de la rica media calada de la patente, de la media lisa y en menor escala de la limpísima media de hilo de Escocia, algodón [...]

Duplicando los consumos, alarmando cortadoras, porque eran muy contadas las modistas (Madame Adela y después Virginia Gourgues), apareció triunfal el túnico ampón que debía ser a las enaguas de armar, las mangas de farol y la peineta de olla, que fue seguida de la de uña, gajos, tres potencias, etcétera.

Aquello fue un horror. La indiana, el carranclán, la musolina, la seda misma, sucumbieron a la moda<sup>92</sup> y era el ideal lo esférico, el mundo, no sé qué de bombástico y estupendo. Entre la reunión monumental de tres esferas,<sup>93</sup> bajo un semicírculo altísimo aparecía una fisonomía náufraga, perdida entre los flecos o los tirabuzones, porque no quedaba sino uno que otro recuerdo de los caracoles.

Las entusiastas secuaces de la moda solían llevar colgadas al cinto seis o siete enaguas de armar, todas bien tirantes y almidonadas, de suerte que al andar formaban un ruido como de

<sup>92</sup> No significa que estas telas carecieran de cuerpo para la confección de la nueva moda, sino que, por los mismos cambios propuestos, se dio preferencia a la seda como fibra, traducida en sus variantes como el raso, el satín, el terciopelo, etcétera.

<sup>93</sup> Guillermo Prieto se refiere con la expresión “tres esferas” a los tres volúmenes que se formaban por el atavío de una dama. El primer círculo correspondía al peinado, que era enorme por incluir postizos y estar coronado con bonetes, sombreros, listones o flores; el segundo, a las mangas, que eran las famosas mangas de farol, enormes, ya fueran colocadas bajo los hombros o bajo los codos; y el tercero a la falda, que era un domo prácticamente circular. El semicírculo altísimo al que se refiere es el rostro adornado por caireles que casi se perdían entre esta monstruosidad de volúmenes soportados alegremente por las damas que portaron la moda Romántica.

<sup>94</sup>Guillermo Prieto, *op. cit.*, pp. 171-172. Se entiende por “enaguas de armar” aquellas que solían confeccionarse con algodón o lino y bordarse y aplicarse con tira bordada y encaje; al almidonarse –costumbre que siempre fue muy mexicana–, daban mayor cuerpo a las faldas confeccionadas para esta época, con telas de más peso y construcción compleja y que, por ende, requerían de mayor estructura inferior, otorgada por las enaguas y posteriormente por las crinolinas.

ramazón sacudida por el viento, y los faroles se agitaban sobre el pecho y el rostro de modo que en baile sufrían verdaderas cachetinas los danzantes.<sup>94</sup>

A todo esto se añadían las manos siempre enguantadas, adornadas con anillos y pulseras sobremontadas, con lo cual se daba a entender que las bellas se dedicaban a tocar el piano y a bordar; las piernas iban invariablemente vestidas con medias de seda y pequeñísimos zapatitos.

La moda fue sin lugar a dudas, durante el siglo diecinueve, una forma de consumo que no fue afectada por revueltas o altibajos económicos nacionales; las élites adquirieron la moda en forma local a través de cajones que importaban todo lo imprescindible para que ambos sexos se surtieran de lo necesario según los cambios que aparecían en figurines, a través de comisionistas y por sus viajes. Libros, periódicos y revistas, testimonios gráficos y objetos, dan testimonio de cómo lucían las élites y evidencian una burguesía dedicada al ocio y a la presunción patentizados por una cultura material a la medida de su poder de adquisición.

En mi opinión, la era consumista comenzó desde el siglo XIX con las absurdas demandas de la moda que requerían con cada cambio de atuendo lo consecuente en cuanto accesorios, joyería y perfumes, y en el caso de un luto, el cambio de color de la vestimenta de toda la familia –servidumbre incluida– hacia el negro, amén de cubrir toda la casa con crespones. Un luto bien llevado implicaba que sólo lo pudiese llevar una familia pudiente. Por otra parte, los cajones se vieron bendecidos con los cambios, pues debían aprestarse para ofrecer todo lo necesario a su apreciable clientela: telas, cortes para vestido o traje, casimires o accesorios, que para 1840 se verían complementados con la ropa hecha que venía de importación o se fabricaba de manera local.

Ésta última se confeccionaba en tallas diferentes a las actuales, pero eran multitud de prendas las que había que mantener en inventario: ropa interior para damas y caballeros, ropa de mujer básica y de abrigo, ropa para varones en las mismas categorías y ropa para niños. En algunos casos las telas eran importadas pero la hechura era local; en otros todo era de origen nacional, y para las excepciones elitistas ambos rubros eran de importación, con lo cual aparecieron los comisionistas que traían desde los grandes almacenes o de las manos de los diseñadores del momento todo lo que era requerido. A todo esto había de sumarse los servicios del callista y los del dentista que cubría las caries con dientes de metales preciosos y dentaduras con resorte cuando molares, caninos e incisivos habían partido sin honores a la basura.

Para 1840 la moda volvería a cambiar: se hicieron las faldas menos amonadas y con largos hasta el suelo, los corpiños tomaron algunos visos historicistas y serían más medidos; los caballeros, en cambio, fabricaron pantalones con varios tipos de telas al mismo tiempo, y diversas prendas de abrigo aparecerían en el horizonte de la moda masculina. Desde esta línea de arranque, los cambios en la moda serían diversos hasta el fin de la década de los setenta. Para ejemplificar, tomaremos el caso femenino de la falda, que para 1850 se crearía con dos a tres faldones y para mediados de la década llegaría a los extremos de colocar hasta 20 o más de éstos en la pieza. Posteriormente, las faldas tendrían ruedos absurdos hasta de 10 metros de perímetro; se les harían rectas al frente y protuberantes en la parte de los glúteos, preconizando el polizón, y finalmente los frentes casi se aplanarían para dejar lugar a enormes volúmenes traseros que incluían caudas.

La moda es una incesante creadora de consumo, de vanidad, de industrias y de capitales. Sin la moda no existirían ni se crearían multitud de industrias que giran a su alrededor

nutriéndola, en un incesante círculo de producción, de atracción, de consumo, de pretensión. Así pues, se cierra este pequeño capítulo sobre la moda del México que comenzaba una vida independiente; puede constatarse cómo aquellos textos escritos por todos los que vivieron el momento –extranjeros y mexicanos– encuentran confirmación en el presente, al compararlos con los mismos objetos de la historia –como fue el caso del pequeño vestido amarillo– y con otras muchas prendas y accesorios que resguardan las colecciones museísticas y privadas. Los materiales de factura de estas prendas por su calidad, han permitido su conservación y estudio, y permiten afirmar que no puede escribirse una historia de la moda o la indumentaria sin el estudio de estas fuentes, cuya falta de estudio da como resultado teorías e historias de la moda parciales que pudieran estar equivocadas, porque la moda requiere de comprobación y de dimensión.

Un relato pudiera entenderse en diferente forma si no se maneja el lenguaje especializado del vestir o si no se conocen, por los textos, las dimensiones de lo que se describe; del mismo modo una obra gráfica puede describirse o fecharse de manera errónea sin el conocimiento de la moda y los textiles, tanto para los lectores como para los catálogos de un museo. La historia de la moda que confronta los textos de una época con figurines, materiales gráficos y evidencias físicas se convierte irrefutablemente en un capítulo veraz de otras historias: la de la vida cotidiana, la del gusto, la de las costumbres, las de los mercados, la de la economía, la de la producción de un país. ■